

**El sol del invierno**



EUGENIO DE ANDRADE

# El sol del invierno

IVÁN GARCÍA,  
selección y traducción



**E1 Ediciones**

Primera edición, 2019

Del texto  
© Eugenio de Andrade

De la traducción  
© Iván García

De la edición  
DR © Ediciones de las Sibilas  
Francisco Contreras 114  
Loma Verde  
León, Gto.  
C.P. 37295

Hecho en México  
*Made in Mexico*

ISBN: 978-607-96645-9-6

Prohibida la reproducción parcial o total  
por cualquier medio, sin la autorización por escrito  
de los editores.

## Nota del traductor

Eugenio de Andrade (1923-2005) es uno de los grandes poetas portugueses. La luz, el silencio y la serenidad son los elementos que mejor acompañan su imaginación y su escritura. Junto con José Saramago, Agustina Bessa-Luís, Antonio Ramos Rosa y José Cardoso Pires, forma parte de la extraordinaria generación de escritores nacidos en los años veinte en Portugal.

Cierta vez, un amigo le presentó la máxima de los constructores de la Alhambra –“después del silencio, el curso del agua es la música más bella que existe”– y allí encontró la imagen vívida de sus sueños. No fue una imagen abstracta de la belleza, sino un eco de su propia historia y de su fascinación por el sur de su país: “Doy todo mi reino por ese caño de agua cayendo en el silencio de un patio del sur”, dijo en una entrevista.

El poema, en su obra, tiene esa fantasía del curso del agua. Si ha de irrumpir en el silencio, ha de hacerlo con docilidad y sin ostento,

con ánimo de hacer compañía, como quien se suma a un grupo de amigos. Y es que poema y silencio en realidad no se repelen. El silencio, como percibió el poeta Milo de Angelis, “no es lo opuesto a la palabra, sino más bien otra forma que tiene la palabra de prepararse y esperar su nacimiento”. Ya está la palabra en el silencio y el silencio, en la palabra. No sólo entre una palabra y otra, sino en la propia palabra.

La palabra de Eugenio de Andrade está muy cerca del decir: “La poesía, tal como la concibo, *rente ao dizer*, fue siempre para mí la manera de hablar con un amigo”. Allí tenemos una clave de su poética. Allí está su escucha infantil de ciertos romances que recibió de voz de su madre y en los cuales veía el ritmo de la lengua y el origen de su pasión: “Tal vez por eso nunca pude separar la poesía del habla”. Allí está también su abierta afinidad por un tipo de poesía portuguesa “donde el ritmo del habla se funde con la limpieza de la mirada, para crear la música más insinuante de toda nuestra lírica”. Una poesía aérea, decía él, escrita con mano leve y feliz, que “comienza en

los cancioneros medievales, pasa por los mejores romances tradicionales y llega a Gil Vicente, continúa con Bernardim y mucho de Camões, y no para de subir en Pascoaes, Pessanha, Pessoa, Sá Carneiro y en algunos contemporáneos”.

Allí está también su infancia campesina. No sólo los animales, los ángulos y pasajes saturados de luz, la gente cuya vida “aún está muy cerca de las primeras necesidades del cuerpo y el alma”, sino el abuelo materno, un maestro de obras que le mostró “la nobleza de carácter” y el trabajo con las manos. Y está también, aunque un poco más lejos, el abuelo paterno, que “también cantaba el *Frei João* mientras podaba las vides”. Imposible que saliera de allí un “Poeta de la Literatura”. En otros casos tal vez sí, pero no en éste. “Viví esos años como si fuesen la emanación de la propia claridad”.

Todo ese alimento nos llega como sin esfuerzo a sus poemas: “Del alma sólo sé lo que sabe el cuerpo”, “así debería ser una / casa: brillar en el crepúsculo / sin usura ni vileza / con la compañía de las manzanas”. Eugenio de Andrade pertenece a la línea que admira. No en

vano fue traductor de Lorca, Ritsos y Safo, así como admirador de San Juan de la Cruz, las culturas orientales y Antonio Machado.

Me resultó particularmente sorprendente que viera a la poesía como la manera de hablar con un amigo. Lo supe mucho después de haber traducido sus poemas, pero la experiencia de traducción se dio de un modo muy similar. Creo que nunca he vuelto a sentir algo parecido, al menos no con esa fuerza.

Yo no sabía gran cosa de su lengua, estaba aturdido en São Paulo y, de pronto, mientras investigaba otras cosas, me encontré una pequeña antología preparada por Arnaldo Saraiva para el lector brasileño. Luego de hojearla con dificultad, encontré una especie de fisura, un canal. No sabría explicarlo, pero cada tarde llegaba a arañar el diccionario, iba poniendo las palabras desconocidas, doblaba las esquinas de algunas páginas e iba traduciendo un poco. Cada tarde, también, salía reconfortado, contento. Me sentía acompañado por esos poemas y por un par de amigos con los que convivía y a los que a veces consultaba. Pero lo extraño no era eso, lo ex-



traño era que sentía como si se me hubiera dado una licencia para mover palabras e incluso versos completos a mi antojo. Yo no sabía nada de la importancia de la empatía en la traducción, pero era eso lo que estaba sucediendo. Tampoco sabía nada de teorías, pero alcanzaba a darme cuenta de lo delicado que debía ser cada cambio.

Al regresar a México, le mostré algunas de las versiones a Hugo Gola. Cálido y preciso como era, campesino él también, me llamó unas horas después, muy animado, para decirme que le había gustado mucho el trabajo. Hizo dos o tres sugerencias y me pidió que seleccionara cinco poemas para *El poeta y su trabajo*, la revista que dirigía en esa época. Años más tarde, me propuso editar toda una antología de Eugenio de Andrade para una colección que le habían encargado dirigir.

El proyecto al final no prosperó por razones ajenas a nosotros, pero al menos teníamos un libro. De un total de setenta u ochenta poemas que borroneé en la página, me quedé con los diecisiete que se recogen en esta edición. Es una alegría que por fin salga. Lo tomo como

una manera de cerrar un trabajo que inicié con Gola. A él también le habría dado gusto saber que este libro finalmente se publica y le habría gustado aún más saber que sale en este sello, pues significa que más amigos en común estuvieron involucrados. Para él, como para De Andrade, era crucial la compañía. Lo acogedor, el fuego, los higos puestos al sol, la alegría secreta que le planta cara a los reveses del mundo, todo eso le importaba.

Mucho tiempo después, al hojear sus papeles, encontré un trabajo suyo en el que hablaba de estos poemas. Decía que antes ya había leído a Eugenio de Andrade y que no había pasado entonces sin dejar huella, pero que los de ahora le habían impresionado: “los sentí / tan intensos / tan íntimos / tan próximos”. Como otras veces, fue una manera de seguir platicando. A él, a su energía vibrando al fondo del poema, dedico las versiones más logradas de este libro.

Iván García

alguna vez

hace

tiempo

leí

poemas

de Eugenio de

Andrade

no

pasaron

entonces

sin

dejar

huella

pero

hoy

cuando

vuelvo

a leer

otros

los sentí

tan

intensos

tan

íntimos

tan

próximos

un

hallazgo

mayor

un

encuentro

gozoso

semejante  
a este  
tibio  
sol  
que  
veo caer  
sobre  
los árboles  
o al  
beso  
prolongado  
del viento  
en  
la  
mejilla

Hugo Gola

